

# LA AVISPA

**5** Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la *gente moza*, se le envien á tal fin. (No se devuelven los originales.)

**3** CÉNTIMOS. — LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA. MADRID. BUZON CÉNTRICO, ALCALA, 23



MARINA GURINA

BELLÍSIMA PRIMERA TIPLA DEL TEATRO PARISH

(Impresión de Hijos de M. G. Hernández, fotografiado de Morán y C.ª y papel de Sáinz Romillo.)

Ayuntamiento de Madrid



## LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

27

(Continuación.)

del castillo á media noche. Estaba oculto en uno de los huecos de la puerta y no podía verme. Las vi atravesar sin ruido la galería; pasaron tu cuarto y el de Penhoel y creí que iban á entrar en el de la señora, pero pasaron también aquella puerta... Más allá no hay otra que la de la habitación ocupada por Mr. Roberto de Blois.

—¿Fue allí donde entraron?—preguntó Roger vivamente.

—No sé—replicó el pintor;—la galería hace un recodo... desaparecieron.

—¿Y no las seguiste?

—No.

—¿Ese Roberto, á quien tanto parecen detestar y despreciar!—murmuró Roger.

—También desprecian y detestan á los Pontalés—dijo Enrique con voz apagada—y, sin embargo, las he visto introducirse en el castillo después de haber dado las doce de la noche.

—¡En el castillo de Pontalés!—exclamó Roger estupefacto.

—¡En el castillo de Pontalés! Aquella vez era la noche sombría y no hubiera podido reconocerlas á no ser porque oí la vez de Diana. «¡Ayúdame!», decía. Las dos estaban cerca de la tapia; Elena apoyó sus dos manos en el muro, y con su auxilio franqueó Diana el caballete.

—¿Y luego?—dijo Roger con angustia.

—Palpitándome el corazón y con la frente abrasada, hundi las espuelas en el vientre de mi caballo y me alejé de aquel sitio.

—¡Oh! ¡Tú no amas! ¡tú no amas!—exclamó Roger.

—Si Diana no es mi mujer, no me casaré nunca!—dijo el pintor.—Antes no pensaba en el porvenir; ahora pienso en él, porque mi porvenir es ella. Tú te alegras cuando la ves sonreír, y yo entonces es cuando dudo, por haber visto muchas veces lágrimas en los ojos de Diana en medio de su fingida alegría. Bajo su debilidad de mujer he adivinado un valor de hombre. ¡Oh, que Diana guarde su secreto! En el fondo de un alma como la suya no puede haber más que rasgos nobles y pensamientos santos.

Roger guardaba silencio, con la cabeza baja.

—Todos en el país saben esto—continuó el pintor,—tanto los pobres como los ricos. Sobre la casa de Penhoel pesa una gran desgracia... ¡Dios se sirve á veces del débil valor de un niño para combatir la fuerza de los infames!

Enrique se interrumpió bruscamente para exclamar luego con tono enérgico:

—Pero qué me importa ya todo eso! Tenía un sueño encantador y he despertado... Que Diana sea buena ó mala, un ángel ó una pecadora, la veré mañana por última vez.

—¿Qué dices?—preguntó Roger con asombro.

—Esta mañana Mr. Roberto de Blois, que parece ser ahora el dueño del castillo, me ha pagado mi trabajo, manifestándome que ya no tienen necesidad de mí.

—¡Pero Penhoel!—exclamó Roger cogiendo la mano de su amigo.—¡Debias haber visto á Penhoel!

—He visto á Penhoel—replicó Enrique con acento de amargura—y salgo mañana para París.

En el momento en que el joven pintor pronunciaba estas últimas palabras, se dejó oír un débil grito al pie de la terraza.

Los dos amigos se inclinaron al mismo tiempo sobre la balaustrada y vieron dos formas blancas deslizarse entre los castaños.

—¡Ellas son!—exclamó Roger haciendo ademán de precipitarse.

Enrique le detuvo.

—Tú te quedas—le dijo,—eres feliz... Créeme, vela por ellas para protegerlas y no para espiarlas.

El grito que habían oído los dos amigos había salido del pecho angustiado de Diana al sentir anunciar á Enrique su próxima partida.

Ante el temor de haber sido descubiertas, ambas corrieron á través de los grupos de castaños hasta llegar bajo la torre del primogénito, cuyos torreones se destacaban sobre sus cabezas.

Diana se detuvo falta de aliento. Llevó la mano á su abrasada frente y luego al corazón, que latía dolorosamente.

—¿Has oído?—murmuró.

—Sí—respondió Elena tomándole una mano.—¡Pobre hermana mía!

Diana se arrojó en sus brazos llorando.

—Mañana—decía sollozando,— dentro de algunas horas le veré por última vez... ¡Oh! ¡Cómo le amo! ¡Ayer hubiera creído poder sonreír al hablar de su partida!

—Si le dijese que se quedase—murmuró Elena,—se quedaría.

Diana guardó silencio; luego se irguió, enjugó sus hermosos ojos y exclamó:

—¡No! ¡no!... No le pediré que se quede... En torno nuestro no hay más que desgracia... y eso nos pertenece exclusivamente por ser hijas de Penhoel... ¿Por qué hemos de hacérsela compartir á los que amamos? ¡Que parta!... ¡Debe olvidarme!... ¡Si Dios oye mis ruegos será muy feliz!

Su voz tenía un acento de profunda tristeza al hablar así. Elena buscaba en vano una palabra de consuelo, pensando que Roger podía también partir.

De pronto Diana hizo un movimiento como para rechazar su melancolía, y prosiguió con tono resuelto:

—No estamos aquí para ocuparnos de nosotras; Enrique es joven y fuerte, el porvenir se abre ante él, ¡que Dios le asista!... En cambio, cerca de nosotras hay débiles que proteger y defender... Pensemos en Penhoel, hermana mía, y apresurémonos porque algo me dice que se acerca la hora fatal.

—¡Sin embargo, le amas!—murmuró Elena estrechándole la mano.—¡Busquemos un medio para detenerle!

—¡Busquemos el medio de salvar á Penhoel!—respondió Diana, elevando los ojos al cielo con resignación angelical.—Busquemos el medio de salvar á la señora y á la pobre Blanca.

El lugar en que se encontraban las jóvenes entonces formaba una plazoleta, con su banco entre los castaños, debajo de la torre del primogénito, lugar al cual, por su magnífica vista, asistía con preferencia el difunto comandante de Penhoel, apoyado en el brazo de su hijo Luis. Un estrecho sendero bajaba desde allí hasta el río, junto á la cabaña de Benito Haligan, el barquero.

Elena y Diana se sentaron en el banco.

—Dios es testigo—dijo Elena—de que nunca he tenido idea de retroceder; pero ¡somos tan débiles, hermana mía, y nuestros enemigos tan poderosos! Por un momento he creído que habíamos conseguido amedrentarlos haciendo correr la voz de que nuestro tío Luis estaba de vuelta... Se han detenido; han vacilado por algunos días... ¡Ay! ¡Nuestro tío Luis no ha vuelto y ellos han olvidado su terror! ¿Qué hacemos ahora? Hemos agotado cuantos recursos teníamos á mano; nuestros esfuer-

zos pueden retardar algo el golpe que amenaza á Penhoel, pero á medida que destruimos un arma pronta á herir, forjan otra; tienden nuevos lazos, y dos pobres niñas como nosotras no pueden defenderse eternamente.

—Son gentes muy hábiles—replicó Diana con amargura,—han comenzado por emponzoñar el corazón de René y cegar su inteligencia; luego se han apoderado de su fuerza. Diariamente se le sienta á una mesa de juego entre esa criatura sin alma, á quien profesa una pasión insensata, y el frasco de aguardiente que le roba lentamente la razón. ¡Están allí los infames acechando aquella presa inofensiva!... ¡Oh! ¡Cuando veo sonrojarse la frente de Penhoel, apagarse sus miradas y temblar su voz... me parece que nos abandona la justicia de Dios!

—Cuando veo eso—exclamó impetuosamente Elena,—pienso que si fuera hombre no habría ya á estas horas tantos miserables en torno de aquel odioso tapete verde. ¿Por qué ha abandonado el castillo nuestro hermano Vicente?

—Bendito sea el cielo—replicó Diana—si nuestro hermano es feliz. ¿No hay aquí bastantes corazones que sufren? Hermana mía, vale más que estemos solas en tan desesperada lucha.

Elena besó á Diana en la frente y murmuró:

—Sí, sí; vale más que estemos solas... ¡Perdóname! Ya sabes que soy valiente á pesar de mis momentos de debilidad.

—Sé que tienes un corazón noble y generoso, mi pobre Elena—respondió Diana devolviéndole el beso con la ternura de una madre;—sé que estás dispuesta á dar tu vida por los que amamos; ¡eres tan joven y tan bella!... ¡Podrías ser tan feliz con el marido que eligiera tu corazón!... Escucha: pocos obstáculos nos quedan que vencer, y lo que haremos las dos pudiera hacerlo una sola... Si me amas, si sigues siendo mi hermana querida...

—Te dejaré sola delante de esos malditos, ¿no es así?—exclamó Elena indignada.

—¿No basta una víctima?—dijo Diana. Elena le cerró la boca con un ademán de cólera.

—¡Liberta una víctima, hermana mía,—murmuró—Enrique parte, Enrique te ama: ¿por qué no te vas á París con él?

Luego, abrazando á su hermana con un movimiento rápido, continuó:

—¡No! ¡no!... ¡Oh! ¡No me abandones! ¿Qué haría yo sin tí?... ¡Pero no me hables más de separarnos!

Diana la estrechó contra su corazón.

—No te volveré á hablar de eso—dijo,—pero... ¡me daría tanto placer verte feliz!... Además, hermana mía, ¡ignoras que empiezan á combatirnos como si fuésemos hombres? ¡Si te llegasen á asesinar delante de mí!

—¡Asesinarme!

—Ayer, en nuestra habitación, te tapé la boca en el momento en que ibas á darme cuenta de lo que por la noche habías hecho. Yo misma no te comuniqué nada de lo que hice y fué porque nuestro cuarto no es seguro. Estamos espiadas también, y he visto á Blas que nos seguía en los corredores que conducen á las habitaciones de Penhoel.

—Al verte quedar en silencio—dijo Elena—creí que no habías hecho nada.

—Nada pude hacer. Mr. Lehivan estaba escribiendo en su mesa. Creó saber en qué cajón del bufete están los papeles que pueden perder á Penhoel.

—Entonces es preciso volver allí esta noche, porque me consta que redoblan su ataque y que Penhoel sólo podrá resistir otro día.

(Continuará.)



## A NUESTROS COLABORADORES

Volvemos a repetir lo dicho en números anteriores. Trabajos largos, por notables que sean, no los publicamos. No es que exista prevención contra firma alguna, ni distinguamos á nadie; nuestro deseo es complacer á los más, dadas las reducidas dimensiones de LA AVISPA. Es cierto que hemos publicado trabajos muy extensos, pero esto no es razón para que los sigamos admitiendo.

No estamos de acuerdo con lo que nos dice en su carta el apreciable señor F. C. Para nosotros el genio brilla más en la composición corta. La larga ha de ser muy notable para leerla toda; la mayoría van al cesto sin terminarla, y dicho sea de paso y con perdón, las suyas corrieron esa suerte, no sólo por largas, sino por rematadamente malas.

El deseo de dar salida á la mayor cantidad posible de originales, de los muchos que tenemos en cartera, nos obliga en este número á suprimir dos secciones, *Al vuelo* y la *Correspondencia literaria*. En el próximo, de la primera se encarga un reputado escritor que indudablemente sabrá dar mayores vuelos á LA AVISPA, y en la segunda contestaremos á los más de los que tenemos trabajos recibidos, teniéndolos que dispensar nuestros colaboradores no lo hagamos á todos hasta que podamos ir arreglando el desorden que hasta ahora ha existido en esta sección.

F. Mateos Aguirre.

## LA ENVIDIA

A diario recibíanse en el infierno noticias desconsoladoras respecto al desgraciado éxito obtenido por los vicios en la tierra.

Una vez era un envidioso vanidoso que, por pura vanidad, hacía una magnánima obra; otra, un embustero recalcitrante que con sus mentiras favorecía al prójimo, y todas, el género humano valiéndose del mal para practicar el bien. Las virtudes habían encontrado el punto vulnerable de los vicios, y en él descargaban fuertes y repetidos golpes, produciendo la desesperación de Luzbel, que achacaba lo sucedido á falta de energía de los pecados para atacar á las almas, ya que le era imposible reconocer, porque su altiva soberbia se lo impedía, lo defectuoso y burdo de su obra.

El necesitaba que toda alma que se sintiese tocada por el mal se empozoñara inmediatamente como mordida por una víbora, sin que encontrase medio de salvación.

Con este fin mandó reunir su consejo, y le expuso con brevedad el motivo de su convocatoria, proponiéndoles la creación de un vicio nuevo que fuera como el complemento de los demás y que reuniese todas las condiciones necesarias para que, al mismo tiempo que corrompía las almas, se defendiera con fortuna de los ataques de que había de ser objeto.

A ninguno de los diabólicos ministros se le ocurrió nada de particular; todos habían puesto sus cinco sentidos al fundar los anteriores pecados, no encontrando motivo que pudiera iluminarles nuevamente para crear el vicio que se les ordenaba.

Al empezar la discusión de algunos proyectos, que á Satanás le sugirió la idea, un diablo de su guardia le anunció que el jefe de la legión encargada de aplicar el tormento á los hipócritas pedía una audiencia.

Mandó Luzbel que pasara inmediata-

mente y entró en la estancia, dirigiéndose al trono, un arrogante y corpulento diablo, que ostentaba sobre el pecho en rojos trazos las insignias de su dignidad, y haciendo una ligera inclinación de cabeza, como orgulloso espíritu acostumbrado al mando, comenzó la relación del asunto que le traía á la presencia de su satánica majestad.

Había sido destinado á su departamento por el gran maestro del infierno un hipócrita que, aunque á primera vista no presentaba otras culpas que las ya vulgares de la hipocresía, notábase en él un pecado nuevo y monstruoso desconocido en el infierno, que observado por los diablos que tenía á sus órdenes, y aun por los condenados mismos, los alborotó de tal manera que á duras penas, y gracias á su contundente influencia tridentaria, pudo dominar el tumulto, decidiendo ir á dar cuenta á Luzbel de lo que ocurría.

Picado éste de la curiosidad, quiso conocer al pecador y escuchar de sus labios la relación del pecado que tanto preocupaba á sus súbditos, á cuyo fin ordenó al susodicho jefe que lo condujese á su presencia.

Al pisar el condenado el umbral de la regia cámara, todos los diablos saltaron la carcajada viéndole avanzar con paso tardo, mirada melancólica y actitud humilde.

—¡Por las barbas de Mahoma—exclamó con voz de trueno Satanás,—que si tus culpas guardan relación con tu presencia, mandaré cocer en una caldera de pez hirviendo á todos los que al verte se alborotaron! Cuenta ese pecado tan extraño que te atribuyen.

—Señor—contestó el hipócrita con voz gangosa y acento beatífico que hizo sonreír nuevamente á los diablos,—yo en el mundo, impulsado por la hipocresía, pretendí con cara de Pascua engañar á todos mis semejantes para hacer lo que me conviniese; por este medio, siempre adulatingo y traicionando siempre, me procuré placeres y comodidades, pero esto no bastaba; sentía cierto escozor en lo más recóndito de mi alma que no me dejaba vivir, al contemplar la felicidad de los demás; ya era la vida tranquila del humilde obrero lo que excitaba mi espíritu; ya la fama brillante del sabio orador que en el foro pretendía ilustrar á las masas para sacarlas de sus errores; ora las comodidades que alcurniados patrios disfrutaban con sus riquezas; ora la vivificante paz que gozaban los pueblos, viciosos por costumbre, pero sin perversos instintos; todo, en fin, lo que se relacionaba con el bienestar del prójimo torturaba mi alma; yo necesitaba, para calmarme, labrar la infelicidad eterna del género humano, ver arder los pueblos en horribles y sangrientas guerras, y que el mundo entero, proclamándose su único señor, besara con humildad el polvo que levantasen mis sandalias. Pero cuando me disponía á emprender algunos de mis proyectos la segur de la muerte cortó el hilo de mi existencia, dejando sin continuador alguno la obra que inicié para mayor grandeza del poder infernal.

Impresionado el diablo con aquellas palabras, quedó breves instantes pensativo, dando vueltas en su imaginación á la nueva culpa, que le recordaba el motivo por el cual fué arrojado de la bienaventuranza, y que era también el que, cegando á Cain, dió origen al crimen; sin duda fué lo que completaba la obra satánica antes del diluvio, mandado por el Padre Eterno para destruir por completo todos los proyectos de Lucifer; se hacía necesario mandar nuevamente aquel vicio á la tierra, y dando al hipócrita, no por gratitud, que eso

no lo siente el diablo, sino por egoísmo, el cargo de director del nuevo pecado, mandó al mundo la Envidia que, combinada con la hipocresía, produjo la discordia y dió excelentes resultados.

Noticioso el Ser Supremo de las diabólicas maquinaciones, se apresuró á crear la Caridad, armándola con la resignación y escudándola con la fe.

Llegada á la tierra, entabló con la Envidia tremenda y encarnizada lucha que ésta sostuvo con increíble aplomo. Todos los puntos que la virtud atacaba estaban defendidos formidablemente por el vicio.

Algunos espíritus bondadosos acogieron con cariño á la virtud, pero fueron los menos. La Envidia seguía defendiendo las almas cogidas, á la vez que procuraba atraer otras nuevas.

Se necesitaba mucho tiempo para decidir la victoria.

Y siguieron cada vez con más terrible ensañamiento la lucha comenzada, que continuará por mucho tiempo, pues hasta ahora son, desgraciadamente, muchos más los envidiosos que los caritativos.

JOSÉ MARÍA RATÉS.

## EL IMPUESTO

(CUENTO)

(Continuación.)

—Perezca—exclamó—el reino antes que mi hijo. Conde, vos sois hombre de grandes recursos. Ved los medios de cumplir vuestro compromiso. Os doy carta blanca.

Durante algunos días Dirlos se enfrascó en fantásticos cálculos, alineó cifras tras cifras, y al cabo decretó una verdadera nube de impuestos, de tasas exorbitantes, de servicios ruinosos, de órdenes vejatorias. El pueblo, estremecido, se lamentó y dirigió al rey peticiones sobre peticiones... Pero las quejas quedaron sin respuesta. Una legión de recaudadores cayó sobre las ciudades, invadió las viviendas, se encarnizó sobre los habitantes para chupar como vampiros hasta la última gota de sangre.

En las calles y plazas no se veían más que rostros pálidos, pobres entristecidos, mendigos harapientos. Las madres, agotadas por las vigias y los sufrimientos, no podían amamantar á sus hijos, y la mortalidad llegó á una cifra espantosa.

En el campo, los bueyes, extenuados, no podían cultivar las tierras; las recolecciones fueron abandonadas al fisco; los campesinos huían á los bosques y á las montañas, prefiriendo la compañía de las fieras á la de los agentes del poder.

—¡Más, más!—gritaba el Tesoro, insaciable, y bandas de agentes recorrían el reino, visitaban todas las casas, á fin de descubrir las supuestas ocultas riquezas. A nadie le era permitido ocultar la más pequeña moneda, la menor alhaja, bajo pena de prisión, de palizas, de muerte en diversos suplicios. Contra el pueblo, aterrado, se irguió todo un terrible Código penal.

Era preciso apresurarse: se acercaba el vencimiento de la promesa del príncipe al misterioso mago.

Al cabo se logró reunir la monstruosa suma: se la amontonó en los barcos amarrados al puerto, y las naves partieron con tiempo sombrío camino de la montaña en la que esperaba el mago.

Turió espíaba con impaciencia febril la vuelta de su enviado. Cuando descubrió en la lejanía la escuadra, que apareció en el horizonte, corrió á la orilla del mar.

El conde Dirlos saltó á tierra, y se incli-



nó triste y solemne y dió cuenta de su misión.

—Aquí está la cantidad pedida; pero antes de entregarla meditada, señor, que os traigo toda la riqueza del reino; más que la riqueza: la vida, el pan cotidiano de vuestros súbditos.

Y el conde hizo una pintura conmovedora de las exacciones que había sido preciso cometer.

—Seréis capaz, señor, de entregar suma tan dolorosamente adquirida—siguió diciendo el conde—á un infame mago, para satisfacer un capricho?

El príncipe no hizo caso de tan elocuentes observaciones, gozoso de realizar su sueño. Mandó desembarcar el tesoro, é invitó al mago para hacerle entrega de tan colosales riquezas. En presencia de él empezó á desatar los sacos para hacer el recuento de su contenido; pero apenas se desataron las cuerdas del primer saco, cuando, en lugar de las monedas cantantes y sonantes que el príncipe esperaba ver, empezaron á brotar de él torrentes de lágrimas que se esparcían por la tierra, y á cada saco que se abría, nuevas lágrimas iban á juntarse con las primeras. Loco de rabia el príncipe, creía que aquello era una mixtificación, una ilusión de sus sentidos, y se arrojó sobre los sacos, que él mismo desgarraba, y por cuyas aberturas seguían brotando los torrentes de lágrimas, que corrían, corrían siempre, gimiendo sordamente. Y las lágrimas subían sin cesar, como una marea diabólica, estrechándose contra los riscos de la montaña; acabando por sumergirla y tragársela. Bien pronto, en la superficie de aquella inmensidad no se vió flotar más que la gorra del príncipe, en cuyo derredor revoloteaban las gaviotas lanzando gritos irónicos, en tanto que, en los confines del horizonte, los navíos que habían conducido el tesoro se alejaban con rumbo al punto de partida.

JUAN TEINCEY.

#### ILUSIONES Y RECUERDOS

Apoyada en mis brazos sostenía su tersa frente y blanca cual armiño, y sus sedosos rizos destejía con la inocencia y el candor de un niño.

Fundíanse sus labios con los míos, encontraba á la suya mi mirada, y sin sufrir disgustos ni desvíos nuestra vida feliz se deslizaba.

Mas como todo pasa en este mundo, mis ilusiones rápidas volaron, y sólo de ellas, con dolor profundo, conservo los recuerdos que quedaron.

Ildefonso Hernández Catá.

#### SEMBLANZA

#### ARCADIA ALEGRÍA

Los rayos juguetones de la aurora llegaron á besar mi frente pálida, y el céfiro matinal, al tocar con su sedosa ala mi mejilla ardiente, me despertó sobresaltado.

Era en aquel momento mi cerebro un mortero que contenía células que inquietas se agitaban, sin poder responder de la verdad de aquel cúmulo de recuerdos divinos que desfilaban presurosos en mi mente.

Creí que había soñado, pero la realidad de la velada anterior vino á cuentas y puso ante mis ojos el retrato de una mujer joven; no sé por qué me sentí atraído por tan radiosa deidad—quizá magnetismo humano—que engalana el bouquet for-

mado por aquella hechicera y hermosa juventud.

Casi morena, pero en la luz de su pupila negra tenía la irradiación del diamante: se me figuraba una de las nereidas de los mares ecuatoriales, que se vuelven morenas al recibir ardorosas los besos del sol.

Yo leí en su mirada de vestal romana toda la majestuosidad candorosa del corazón de una virgencita, que vive en uno de los palacios áureos del Empireo; admiré su talle de argentina palma y las filas de su dentadura de marfil indiano me hicieron recordar las costumbres superfluas de adorno de las primitivas damas del corazón del Africa.

Era su voz el murmurio cadencioso y suave de tímido arroyo que, apasionado de las campánulas hermosas, les va cantando himnos dulcísimos de amor.

\*\*\*

¡Cuántos meses han pasado!

Sin embargo, como una hermosa ilusión de la ardiente fantasía del poeta embriagado con ajeno; como tímida gota de rocío dormida en el seno de una rosa; como celaje matutino que nos despierta á la vida de lo bello, así ha vivido en mi memoria sin poder apagarse el fuego que aviva su recuerdo.

¡Cuántos años han pasado!

¡Quizá hasta mi nombre sea un pétalo marchito en la flor de sus recuerdos!

¡Empero hay exhalaciones que cruzan el espacio, y al recuerdo de su caída luminosa se hiere la pupila!

JOSÉ RAMÓN GRAMAJO.

Santa Ana (República del Salvador).

#### CARIDAD

La calle de Alcalá, desde la Plaza de Toros hasta la Puerta del Sol, era un hormiguero de gente desosa de presenciar el paso de las cuadrillas, espectáculo barato y al alcance de todo el mundo.

De pronto un grito de horror salió de todas las gargantas.

Una pobre mujer del pueblo, con un niño de pocos meses en brazos y una niña de unos tres años de la mano, cruzaba la calle en el momento en que el tránsito de carruajes y tranvías era más compacto. Asustada la niña por aquella barandilla, habíase desprendido de la mano de su madre y caído á cortísima distancia del coche que conducía á los toreros. Uno de ellos, el matador, viendo el inminente peligro que corría la pobre criatura, con riesgo de su propia vida, se arrojó del carruaje, teniendo la fortuna de cogerla en el instante en que las ruedas del coche iban á aplastar su tierno cuerpecillo, y se la llevó á su madre, que, presa de una horrible convulsión, no podía dar un paso.

Las manos de la niña, contraídas por el terror, se habían agarrado con fuerza al rico capote de paseo del torero. Un soberano pensamiento de sublime caridad iluminó la mente de aquel hombre, y desprendiéndose de la alhaja y dejándola entre las diminutas manos de la niña, le dijo con marcado acento andaluz:

—Toma, angelito, y que el valor de este capote, ganado con mi sangre, te sirva de dote para cuando te cases.—Y depositando un beso en la frente de la pequeña, en tanto que la madre le contemplaba estupefacta, subió al coche, que arrancó al galope de sus briosos caballos, en medio de la delirante ovación que la multitud tributa-

ba al valiente y generoso espada, sin duda la mayor que había ganado en su larga, peligrosa y brillante vida torera.

FRANCISCO VERGÉS Y GASCÓN.

#### Á LA SRTA. D.<sup>a</sup> PAULA GREGORI

Yo quisiera de Fidias el cincel para tallar tu estatua colosal; yo quisiera de Urbino el gran pincel para pintarte, Paula, al natural.

Yo quisiera en rítmicas canciones cantar al mundo tu sin par belleza; yo quisiera que todas las naciones admiraran tu gracia y gentileza.

Yo quisiera cien ojos para verte y doscientos oídos á escucharte, trescientos corazones á quererte y uno, tan sólo yo, para adorarte.

E. Paradas del Cerro.

#### PROSAICAS

Era un día de invierno, muy triste y muy sombrío.

La encontré Horando, silenciosa, junto á una diminuta escultura que representaba á Cupido vendado; al risueño dios del amor, con su carcaj lleno de flechas.

Aquel encuentro me sorprendió dolorosamente. Yo acababa de llorar el desdén de una mujer.

Me acerqué á ella solícito, cariñoso. Con la confianza que engendra una amistad fraternal, le pregunté:

—¿Por qué lloras, Mercedes?...

Y ella volvió asustada la cabeza, porque creía hallarse á solas con su dolor. Enjugóse mal y deprimió las lágrimas que nublaban sus ojos grandes y negros, y permaneció silenciosa, como si no hubiese escuchado mi pregunta.

Insistí de nuevo, y cogiéndola suavemente de una mano, la conduje á un banco rústico, en el que nos sentamos.

—¿Por qué lloras?—repetí.

Al fin sus labios se movieron temblorosamente. Un ligero carmin coloreó sus mejillas.

—Lloro por un hombre, á quien quise con toda mi alma; hombre que con su cariño me hizo más feliz de lo que puede ambicionarse. Ese hombre ha muerto para mí, porque me ha olvidado. ¿Cómo quieres que no lllore?...

Entonces yo bajé la cabeza, al peso de mi amargura. A mi pobre compañera le había engañado un hombre; á mi una mujer alevé me había despreciado, obediendo á su carácter voluble y caprichoso. Nada dije, porque comprendí su dolor y le respeté, como comprensión y respetaba el mío.

Y ella, tras una breve pausa en la que sólo se percibía el gemido de la ventisca invernal que estremecía furiosamente los árboles, desnudos y horribles como la realidad, exclamó con voz apagada:

—¡Qué ingratos son los hombres!...

Y ante aquella reflexión, mi alma, adormecida por los recuerdos, se agitó en mi pecho con loca furia, y evocando mi amor pisoteado por una mujer, repetí también:

—¡Qué ingratas son las mujeres!...

Y ella prosiguió llorando silenciosamente, y yo—vergonzoso es decirlo—yo, sentí que unas lágrimas de rabia ó de dolor, que esto no lo sé, acudían á mis ojos... Y el viento continuó silbando y moviendo en su vertiginosa marcha las pocas hojas que, inhumano, había arrancado de los árboles esqueléticos...

.....  
Han pasado muchos años desde aquella



escena. Mercedes murió. ¿De amor? ¡Quién sabe! ¡Hiere tanto! Pero no es extraño que Mercedes, cual nueva Margarita Gautier, fuera al sepulcro sonriendo al recordar por vez postrera el amor purísimo que hizo latir de placer su corazón y estremecer de delicia su alma...

Todo pasa en la vida y todo desaparece. De los desdenes de una mujer ingrata conmigo ¿qué queda?... Poco, pero mucho: el recuerdo que como ola de fuego acaricia el alma y la quema, complaciéndose en su martirio. Y eso que ha pasado mucho tiempo y he procurado olvidarla. Pero su imagen no se borra de mi cerebro, cuando recuerdo que una mujer lloraba por un hombre, al atardecer de un día de invierno triste y nebuloso...

EMILIANO RAMÍREZ.

#### A TI

(Canción.)

Niña de ojitos negros como la mora,  
oye las dulces notas del que te adora;  
oye mi canto,  
verás por qué, mi vida, te quiero tanto.

Yo adoro tus mejillas de nieve y grana,  
frescas como las brisas de la mañana,  
ó cual las rosas  
que besan tiernamente las mariposas.

Yo quiero, vida mía, dulces primores  
y continuas caricias de tus amores.

Te quiero tanto  
que eres tú solamente mi dulce encanto.

Fernando Halcón.

#### A PILAR...

Al saber tu traición cogí la pluma,  
y, mojàndola en hiel de mis entrañas,  
iba á escribirte, y al poner tu nombre,  
lo borraron mis lágrimas;  
por mis mejillas en tropel corrieron  
sin permitirme terminar la carta...  
¿Cuántas serían que también borraron  
tu nombre de mi alma!

Juan Emilio Franco Tello.

#### RÁPIDA

A tus muchas falsedades  
sólo te impongo un castigo:  
¡que las lágrimas te bebas  
que por tí, ingrata, he vertido!

Enrique Povedano.



**Comedia.**—Un vaudeville estrenado hace poco en el Odeón, de París, lo ha arreglado á nuestro idioma con muy buen acierto el conocido escritor D. Ricardo Blasco.

«Morada histórica», que así se llama el juguete, gustó mucho, pues ridiculiza con gracia ciertos tipos de la sociedad contemporánea y abundan en él escenas sumamente cómicas que hicieron reír al auditorio.

La ejecución fué inmejorable: estuvieron muy bien en sus papeles las señoras Pino y Rodríguez; la Srta. Bremón se distinguió notablemente; asimismo García Ortega, Vallés, Rubio y Mendiguchía interpretaron los suyos á conciencia.

El éxito fué completo y se proclamó el nombre del Sr. Blasco, recibiendo todos muchos aplausos.

**Lara.**—Con feliz resultado se estrenó el juguete de D. Miguel Portolés, «Me gus-

tan todas», demostrando el autor en esta primera producción teatral excelentes condiciones no sólo en lo que se refiere á manejar los resortes escénicos, sino también en la vis cómica y corrección y facilidad de los diálogos.

Al mejor éxito contribuyeron los artistas todos, que en unión del autor fueron llamados á escena varias veces.

No ha gustado, y fué al foso, «El que paga el pato».

**Parish.**—«Las Parrandas», zarzuela en tres actos de los Sres. Flores García, Briones y maestro Brull, sólo ha obtenido mediano éxito, pues ni el asunto es nuevo, ni el desarrollo y desenlace se separan del camino trillado, siendo dignos de elogio su buena versificación y el carecer de chocarrerías en lo que atañe á la parte cómica.

La música es muy aceptable, sobre todo una romanza, pasacalle, un terceto y un dúo que se aplaudieron con justicia.

La Srta. Domingo, Sres. Soler, Valentín González y Gamero, fueron sus mejores intérpretes.

**Apolo.**—Una nueva y lamentable equivocación del Sr. Delgado; sin negar que «Jaque á la reina» está bien escrito y tiene muchos chistes, la obra peca de languidez en la acción, y la música de Eladio Montero es muy ligerita.

«Blasones y talegas», arreglo teatral en dos actos de la novela del mismo título de D. José María Pereda, hecho, según se dice, por el Sr. Sierra, música del maestro Chapí, no fué del agrado del público, sin meternos en disquisiciones que parecerían atrevidas tratándose del insigne novelista.

Chapí no ha estado tampoco muy inspirado en la partitura, y, como complemento, la ejecución fué muy floja, si exceptuamos á Matilde Pretel.

**Zarzuela.**—«Comediantes y toreros ó la Vicaria», sainete de Ceferino Palencia, conocido ya del público por haberse estrenado en la Princesa años atrás, ha sido llevado á este teatro con algunos números de música muy bonitos, escritos por el maestro Nieto.

Fuó muy bien recibido y se distinguieron en la interpretación Lucrecia Arana, Moncayo y Sigler, echándose de menos la buena dirección de Julián Romea, que no pertenece ya á la compañía.

**Elava.**—Ha cerrado sus puertas por dificultades económicas, aunque otra razón se dió, pero antes han tenido lugar los fracasos de «Cascarrabias» y de «¡Alerta!», pseudo-parodia de «Electra», bien merecido éste por ser obra llena de groserías y obscenidades, según opinión unánime del público y la prensa.

Diego Garvi.

#### De provincias.

**Alcalá de Henares** (Madrid).—Durante dos noches consecutivas se ha representado en el Salón Cervantes por la compañía del Sr. Bassó el drama «Electra».

La primera noche acudió numeroso público y se llenó el teatro, siendo menor en la segunda.

Todos los actores interpretaron bien la obra, pero se distinguieron en sus papeles de *Electra* y *Máximo* la Srta. Ordoñez y el Sr. Bassó.—*R. Brigo*.

**Almería.**—La compañía que actúa en Apolo ha suspendido sus representaciones por unos días, estrenando antes de la suspensión, y con buen éxito, «Sandías y melones».

No se ha presentado en esta capital una tiple que sea tan querida y aplaudida como María Menéndez, gozando de igual

consideración el Sr. Real, que es un verdadero artista.

En Variedades se han estrenado, por la compañía del Sr. Cepillo, «El afinador» y «Los dos pilletes», obteniendo muy buen éxito las dos, en particular la segunda, cuya excelente interpretación satisfizo al público.—*A. Ramírez*.

**Sevilla.**—En el Duque ha tenido lugar el estreno del juguete cómico-lírico «La Verónica». El público demostró su desagrado desde el comienzo de la obra, que no puede ser más detestable, y no quiso tomarse la molestia de conocer el nombre de los autores.

En Cervantes se ha representado el drama sacro-lírico «La Pasión y muerte de Jesús» por la compañía á cargo del Sr. Ballesteros y á la cual se aplaude.—*Feria*.

\*  
\*\*

**AVISO.**—LA AVISPA admitirá correspondientes representantes para esta sección en todas las poblaciones de España y América, rogando á los ya nombrados envíen sus trabajos con puntualidad y de modo que estén en nuestro poder los días 5, 15 y 25 de cada mes.

#### EL DELINCUENTE Y EL JUEZ

—Yo—dijo al juez un delincuente—recibí un pisotón de los de á folio, y á su autor le metí media navaja, y váyase lo uno por lo otro.  
—Si,—contestóle el juez—pues hijo mío, si así castigas pisotones tontos, yo te envío á presidio por diez años, y váyase lo uno por lo otro.

Antonio Arroyo Manjón.

#### TRISTEZA

Pasaron de mi vida los pálidos albores,  
secáronse las flores  
también de mi ilusión,  
y sigo mi camino  
enferma de tristeza  
é inclino la cabeza  
al peso del dolor.  
A cada paso encuentro  
espinas y abrojos;  
ni pálidos despojos  
de la ventura hallé,  
y triste y desolada  
estoy aquí en la vida,  
pensando adolorida  
en el feliz ayer.

María Julio Blen.

#### SAETILLAS

No te causes, amigo, en darle vueltas;  
la razón que convence á los bigardos  
es la vara gordita y muy derecha.

Procuró siempre no humillar á nadie,  
y en pago todos quieren humillarme.

José María Blázquez I.

#### Carne.

Con el título que encabeza, estas líneas acaba de publicar un hermoso boceto dramático el distinguido escritor Francisco de A. Soler, una de las figuras más salientes de la juventud literaria, tanto por su brillante inspiración como por su constancia y laboriosidad.

La carne, ese monstruo invencible, brutal, cuya acción avasalladora no conoce límites ni respeta obstáculos, ha inspirado á Soler su magnífico drama.

¿Quizá asuste á muchos el realismo de *Carne*, pues sabido es que la verdad siempre hace daño. Y *Carne* es eso: la verdad desnuda. Es decir, desnuda no; adornada de pensamientos profundos y frases va-



hientes que dan extraordinario vigor al desarrollo de la obra.

Reciba nuestra más cordial enhorabuena por el éxito que ha obtenido su última producción.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.

### CANTARES

En la boca de mi niña  
hay dos purpúreos claveles,  
que yo cubro con mi rostro  
para que el sol no los seque.

La tierra encuentro muy triste  
y más triste el firmamento,  
desde que, incauto, mordí  
de una coqueta el anuelo.

B. Costa Inglés.

A F. D. Almería.

Con el céfiro te mando  
un suspiro de amor,  
que te mando, vida mía,  
del fondo del corazón.

Cuando declina la tarde,  
cuando nace el nuevo día,  
cuando el sol envía sus rayos,  
en ti pienso, vida mía.

Aniceto R. García.

Para la Srta. Paula Ribillo.

Cuando te encuentro en la calle  
me entran ganas de llorar,  
pues me recuerdo lo mucho  
que tú me has hecho pensar.

Cuando por el cementerio  
paso todas las mañanas,  
me acuerdo de sus amores  
y siento pena en el alma.

Andrés Gallego García.

### CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho a que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan convenirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

P. R.—Córdoba.—Hemos visitado á don S. M., que vive en la casa que usted indica en su carta. Se encuentra bueno, pero en la imposibilidad de salir la cuenta pendiente con usted. Dice que espera que pronto se le arregle un negocio y que cumplirá como corresponde.

D. N.—Vitoria.—Recibida ayer la libranza que nos manda de 30 pesetas, para compra del encargo que nos interesó y renovación de un año de suscripción á LA AVISPA, la que terminará en fin de Febrero del año próximo.

El encargo lo recibirá usted dentro de dos ó tres días.

E. A.—Miranda.—Los tres frascos del producto Wosmahe que desea valen 30 pesetas, los que le remitiremos á usted tan pronto sea en nuestro poder libranza ó letra del indicado valor.

J. C.—Chiclana.—Después de tanto tiempo como venimos ocupándonos del asunto que nos recomendó, nos vemos precisados a manifestarle la imposibilidad de conseguirlo. Ya se conoce que son muchas las influencias puestas en juego en contra de lo que usted pretendía. Sentimos el fracaso y vea si en otra cosa se le puede servir.

C. O.—Almagro.—Ha sido satisfecha la carta orden que nos mandó. Disponga de su importe ó diga si se le remite por el Giro mutuo.

S. L.—Osuna.—Tomamos nota de los deseos de usted y estaremos á la vista á fin de conseguir lo que desea en las mejores condiciones.

M. A.—Reus.—Nuestro corresponsal en Sevilla nos escribe manifestándonos que, a pesar de las muchas gestiones que ha hecho, no ha podido dar con el paradero de

la persona de quien usted deseaba saber. Es cierto que ha vivido en el domicilio que usted indicaba, pero de allí se mudó sin decir adónde.

Recordamos á usted que su suscripción á LA AVISPA termina en 31 del actual.

### CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuestros suscriptores pueden pedirnos gratuitamente las fórmulas que deseen de todas las industrias y cuantos procedimientos sean conocidos en todos los ramos del saber. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos de peseta.

También nos encargaremos del envío económico de cuantas sustancias y aparatos puedan necesitar.

Manchas de aceite en los pavimentos de maderas finas.—Un medio fácil para quitar las manchas de aceite en un pavimento de madera consiste en frotarlas con un trapo empapado en petróleo y después lavar la parte cuando se haya evaporado este último; después se encera.

Modo de limpiar las monedas y medallas.—Para piezas de plata: Se prepara un baño compuesto de nueve partes de agua y una de ácido sulfúrico. Se colocan en este baño las piezas de plata el tiempo necesario para que el sulfuro que las ha ennegrecido se disuelva. Bastan cinco ó diez minutos de ordinario. Se sacan, se sumergen en agua pura y se jabonan con un cepillo muy fino.

Cuando están claras se agitan de nuevo en agua, se secan con un paño suave, y, finalmente, se les da la última mano, sin frotarlas demasiado, con una piel de gamuza.

Modo de limpiar las pipas y boquillas.—Para blanquear una pipa de tierra ó de espuma de mar culotada ó para limpiar una pipa que el uso ha hecho muy fuerte basta hacer pasar por su interior una corriente de vapor de agua ó, lo que es preferible, de vapor de alcohol.

Blanqueo de las lanas.—Por cien kilogramos de lana se emplean seis de carbonato de sosa, un litro de amoníaco y medio gramo de violeta de metilol.

Este procedimiento no sólo permite blanquear la lana, sino hacerla más suave y más fácil de manipular.

Merengues con bizcochos.—Se hace un bato de merengues, poniendo en él á razón de onza de azúcar molida por cada clara. Se bate en el perol, y cuando está á punto de nieve, se calienta ligeramente el cazo y se echa un poco sobre una capa de bizcochos redondos; pónese encima otra capa de bizcochos y se echa el resto del merengue, acercándolo en seguida al fuego.

Después se echa por encima media onza de grajea.

Capón en arroz.—Después de limpio, sujétense los muslos, volviendo las patas hacia dentro; póngase con el pecho hacia abajo en una cacerola llena de caldo del puchero ó de sustancias. Luego de bien espumado se añade libra y media de arroz bien limpio y lavado, se tapa la cacerola y se deja hervir á fuego lento unas dos horas. Se pone el capón en una fuente, se quita el caldo al arroz, se acaba de componer con manteca bien en sazón y se vierte sobre el ave; si estuviese demasiado espeso, se le añade un poco de caldo.

Mastic para el vidrio.—Agítense queso en agua durante mucho tiempo, ó bien échese en agua hirviendo, y revuélvase apretando de vez en cuando; vacíese en seguida sobre una piedra, y cuando se haya reducido á una especie de papilla, mézclese con suficiente cantidad de cal viva. Este mastic es excelente para pegar el vidrio; no aprovecha para la ágata, cuyo verdadero gluten es el barniz de la china.

Procedimiento para dar á las pieles el lustre que han perdido.—Es necesario para una piel de nutria medio litro próximamente de esencia mineral; verter primero cierta cantidad sobre el pelo y, con un trapo, extenderla por todas partes; después, con un trapo de lana, frotar constantemente en la dirección del pelo hasta que la piel esté seca, lo cual se conoce cuando aparece lustre en el pelo, que sucede en seguida.

Colores transparentes para pintar al agua.

—Se compran pastillas de los colores siguientes: 1.º azul de Berlín (nada de azul de Prusia, que enverdece á la luz amarilla); 2.º carmín cochinita, se disuelve en amoníaco; 3.º carmín de rubia, sin amoníaco; 4.º laca violeta; 5.º laca amarilla; 6.º verdes, vegetal, de vejiga; 7.º tierra de Siena tostada; 8.º betún, tinta de China. Se muelen estos colores con agua de goma:

Goma..... 4 gramos.  
Azúcar..... 2  
Agua con una gota de ácido  
fénico..... 20

Empanada de ave.—Hecha la masa, se toma el ave que se ha de emplear, se parte en trozos regulares, se escalda y rehoga en manteca de vacas, con sal, pimienta, especias, yerbas finas y un manojito de perejil. Puede añadirse los menudillos. Después se coloca en el suelo de la torta, se tapa con la otra mitad y se cuece en el horno.

### SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—TANCREDO
- 2.º—COROLA
- 3.º—JOSEFINA
- 4.º—ALA
- 5.º—CACABELO

Habiendo dado soluciones conformes don Octavio Mateos, D. Auspicio Relea, D. F. de Soto, D. Antonio Torres, D. Enrique Amado, Pepito y los oficiales de la Corredera y D.ª Basilisa Cela, de Madrid; don César Valenciano, de Casasimarro; D. José Antonietti, de Gerona; D. Mario Atienza, de Villarrobledo; D. Andrés Rico, de Tariego, y D. Juan Rodríguez, de Almadén.

### PASATIEMPOS

#### CHARADAS

1.º

Metido en un *prima tres*,  
le arranqué un *dos* con *tercia*  
á mi *prima*, porque quise  
que un *todo* no me comiera.

Manuel Marconell, de Vindel.

2.º

Me dice *dos tres segunda*  
que es de *prima dos virgen*  
la *cuatro dos* de mi novia.

Sotero Gonzalo Atance, de Clares.

3.º

#### CHARADA JEROGLIFICA

Entre dos vocales colocar un baile; el *todo* parte del cuerpo humano.

Cándido Ferrer, de Valencia.

4.º

#### TARJETA ANAGRAMA

**MODESTO VICENTE  
AJANBAN**

Combinar debidamente las letras de esta tarjeta y formar con ellas el título de una obra recientemente estrenada y el nombre y apellido de su autor.

Nicomedes Castillo, de Madrid.

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 29 del actual mes de Marzo tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial reservado que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole especial no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.



## UNA CURACIÓN PORTENTOSA

POR LAS

## SALES KOCH EN UN ENFERMO DE LA ORINA

Señor Director del Gabinete Médico Americano, Madrid.

Muy distinguido señor mío: Debo a V. más que la vida ya que, al devolverme la salud con sus **Sales Koch**, ha llenado a mi familia la alegría de verme bueno cuando tanto me relan sufrir y me consideraban como muerto, pues así se lo habían dicho cuantos médicos hay por estos pueblos, a excepción del Dr. Pastrana, que en cuanto me vió me recomendó usara su preparado.

Aquellos dolores horribles que al orinar padecía desde que el Sr. Suender, de esa corte, me hizo siempre al introducirme la sonda, cesaron, lo mismo que la gran cantidad de sangre que echaba mezclada en la orina, a los dos días de empezar las tomas de las **Sales Koch**. Hoy, después de veinte días, orino con suavidad, lo hago seis ó siete veces al día, en vez de hacerlo cada cinco minutos como antes, lo que me impedía ir a ninguna parte, pues siempre tenía que estar con el bañado. Los posos mucosos que había en el fondo del bañado, que parecían como una masa espesa, hoy apenas se perciben.

Figúrese cuál será mi alegría después de seis años de insufribles padecimientos, y de haber tomado cuanto me han dicho, y dejado hacer con sondas y lavados de la vejiga, que sólo servían para hacerme padecer más y de irme extenuado por muchos días. Con sólo veinte días de **Sales Koch** estoy curado, según me dice mi amigo el Dr. Pastrana. Y es la verdad, pues ando lo que quiero, relengo la orina sin dificultad, voy a caballo, cosa que antes á cualquier movimiento ponía el grito en el cielo, tal dolor sentía; como y bebo cuanto me viene en gana, sin hacerme daño: estoy, pues completamente bien.

El amigo Dr. Pastrana me ha encargado escriba á V. esta carta, cosa que hago con gusto, no sólo por darle las gracias por la salud que debo á sus **Sales Koch**, sino porque deseo corresponder al inmenso bien experimentado publicando y diciendo á todos los efectos maravillosos que en mi dolencia he experimentado con sus **Sales Koch**. Quedo, pues, á su disposición, y le autoriza para publicar esta carta, si gusta, su siempre agradecido y S. S.

Q. B. S. M.

José Ramírez

Medina á 15 de Marzo de 1897.

Hay un sello que dice: ALCALDÍA CONSTITUCIONAL DE MEDINA.

A ruego del vecino de esta villa D. José Ramírez Espinosa, que habita en la calle Estrecha, núm. 19, hacemos constar su recindad en este pueblo.—Medina á 15 de Marzo de 1897. Por el Sr. Alcalde, D. Eduardo Ruiz y Salas.—El Secretario, Ramón Iniesta.

Nada tenemos que añadir, sobre la eficacia de las **Sales Koch** en todas las afecciones de la ORINA, á lo dicho por el Sr. Ramírez Espinosa, enfermo de nuestro distinguido profesor D. Romualdo Pastrana.—Los hechos se imponen. Los descubrimientos modernos vencen con facilidad y destierran los sondeos, lavados y terribles operaciones con que antes eran martirizados los que padecían de la ORINA. Las **Sales Koch** curan sin sondar y sin operaciones, agradablemente y con facilidad.—Superiores á todas las aguas minerales, pues su acción es de mayor energía, y, por lo tanto, más rápida.

Advertiremos á todos nuestros profesores que las **Sales Koch** pueden recetarlas, pues se encuentran de venta en las más acreditadas farmacias y droguerías de España, al precio de 7 pesetas frasco. Los Sres. Farmacéuticos que no las tengan pueden dirigirse á D. Guillermo García, Capellanes, núm. 1, Madrid, que se las podrá facilitar con descuento y en las cantidades que gusten.

También las remitimos por correo certificadas á Cuba, Puerto Rico y toda la América, enviándonos dos billetes de *one silver dollar* del Banco de los Estados Unidos Americanos, ó bien cinco pesos en billetes de sus Bancos Nacionales.

Contestamos á las consultas de todo el mundo y enviamos gratis folletos explicativos.

## VENDEN ESTE MEDICAMENTO

Albacete.—Castro, Méndez Núñez, 1, y Berzosa, Mayor, 5.  
Hollín.—Federico del Aguila, Farmacia.  
La Hoda.—Muñoz, Farmacia.  
Alicante.—Gómez Mora, Mayor, 23 y 25, Romero y C.<sup>a</sup>, Princesa, 5, y Piñol hermanos, Princesa, 7.  
Elche.—Moreno, Farmacia.  
Donia.—Comerma, Cop. 9.  
Monovar.—Bellot, Farmacia.  
Almería.—Pérez López, Real, 15.  
Berja.—López Morales, Aguas, 3.  
Aylla.—Santos Crespo, San Segundo, 8.  
Badajoz.—Farmacia de Santo Domingo.  
Alburquerque.—Corral, Farmacia.  
Almendralejo.—Velasco, Real, 8.

Don Benito.—Ruiz González, Farmacia.  
Fregenal de la Sierra.—Álvarez de Luna, Farmacia.  
Barcelona.—Busquets, San Pablo, 19.  
Granollers.—Huguet, Farmacia.  
Manresa.—Circera, San Miguel, 26.  
Mataró.—Spá, Riera, 43, Farmacia.  
Tarrasa.—Sallent, Farmacia.  
Vich.—Genis, Rambla Manlleu.  
Bilbao.—Barandiarán, Artacalle, 35, y Rincón, Estufa, 14.  
Burgos.—Barriocanal, Cid, 17.  
Aranda de Duero.—Semolinos, Farmacia.  
Miranda de Ebro.—Raimundo de Juana, Farmacia.  
Cáceres.—Castell, Portal Llano, 37.

Plasencia.—Manzano, Sol, 26.  
Valencia Alcántara.—Diez Amarilla, Corredora, 15.  
Cádiz.—Droguería Francesa, Conde Aranda, 2.  
Jerez.—Farmacia del Buen Suceso, Caballeros, 12.  
Puerto de Santa María.—Lucuix López, Farmacia de S. Ginés.  
Castellón.—Font, González Chermá, 18.  
Ciudad Real.—Andrade, Toledo, 29.  
Almadén.—Mondéjar, Farmacia.  
Almagro.—Sempere, Rayo y C.<sup>a</sup>, Feria, 3 y 5.  
Cuenca.—A. Calvo, Calderón de la Barca, 56.  
Córdoba.—Fuentes, Paraiso, 10.  
Aguilar.—Lucena Luque, Droguería.  
Priego.—Alguacil, Prim, 8, Farmacia.  
Montilla.—Moyano Cruz, Farmacia.  
Montoro.—Priego, Farmacia.  
Coruña.—Doctor Brañas, Real, 16.  
Carballo.—Varela Fachal, Farmacia.  
El Ferrol.—Punín, Real, 64.  
Padrón.—Astray Fernández, Farmacia.  
Santiago.—Bermejo y Pérez, Droguería.  
Gorona.—Pérez Nifrá, Abeuradores, 2.  
Figueras.—Moncanut, Cárcel, 9.  
Granada.—Ortiz Pujazón, San Jerónimo, 13.  
Loja.—Chamorro, Farmacia.  
Huelva.—Martínez, Sagasta, 5.  
Huesca.—Llanas, Ramiro el Monje, 30.  
Jaén.—(Sin representante.)  
Baoza.—Lara, Prado de la Cárcel, 22.  
Linares.—Santoyo, Farmacia y Droguería, La Estrella.  
León.—Martínez, San Marcelo, 11.  
Lérida.—Abadal, Farmacia, Constitución, 13.  
Logroño.—Martínez, Mercado, 25, Gómez, San Blas, 9.  
Lugo.—Bermejo, Pérez y C.<sup>a</sup>, Reina, 12.  
Mondodero.—Martínez, Farmacia.  
Málaga.—Pérez Souvirón, Granada, 12.  
Murcia.—Ruiz Seiquer, San Bartolomé, 10.  
Cartagena.—Cotruello, Campos, 6.  
Lorca.—Rojas Ferrer, Mayor de Abajo, 21.  
Orense.—Serafín Temes.  
Ginzo de Limia.—Elises, Farmacia.  
Ribadavia.—Sánchez, Farmacia.  
Oviedo.—Ramón Ceñal y Hermanos, y viuda de T. Hevia y Azpiri, Fontán, 4.  
Arlés.—Pérez Carrascosa y Cuervo Calvin.  
Cangas de Onís.—Comas, Farmacia.  
Gijón.—Escalera, San Bernardo, 49, y Rodríguez Porriero, Droguería.  
Pola de Lena.—Baragaña, Farmacia.  
Tineo.—Sal de Rellán, Farmacia.  
Villaviciosa.—Fernández, Farmacia.  
Palencia.—Escudero, Droguería.  
Pamplona.—Marquina, Nueva, 1.  
Pontevedra.—Joaquín Temes, plaza del Ayuntamiento, 28.  
Puente Caldelas.—Portela, Farmacia.  
Vigo.—Fernández Casas, Yáñez, 5, y Córdoba, Elduayen, 5.  
Salamanca.—Fuentes, plazuela Corriollo.  
San Sebastián.—Tornero, P. Guipúzcoa, 6.  
Santander.—Pérez Molino, Compañía, 3.  
Torrelavega.—Martínez plaza Mayor, 8.  
Segovia.—Droguería Central, plaza Mayor, 3.  
Sevilla.—García Morillas, P. Encarnación, 25, y Marín y Compañía, Universidad, 4.  
Carmena.—Fernández, Martín López, 31.  
Ecija.—Pérez Fernández, Farmacia.  
Sanlúcar la Mayor.—López Cabrera, Farmacia.  
Utrera.—Torres Fernández, Farmacia.  
Soria.—Morales, Collado, 6.  
Tarragona.—Cuchi y Mirambell, Farmacia.  
Rous.—Carpa, Plaza Prim, 7.  
Tortosa.—Roch y Oliva, Arco Romeu, 3.  
Toledo.—Duque é Iuza, Tornerías, 16 y 18.  
Orgaz.—García Pérez, Farmacia.  
Valencia.—Droguería San Antonio, Mercado, 70.  
Valladolid.—Ferrés, Guarnicioneros, 3.  
Vitoria.—Arellano, San Francisco, 2, y Zaldivar, plaza Vieja.  
Zamora.—Martínez Gutiérrez, Santa Clara, 3.  
Zaragoza.—Jordán, Mercado, 2, y Faci, Jaime I, 1.

## CANTARES

Los desdenes son el viento  
y los celos son las olas  
que en el mar de la existencia  
constantemente me acosan.

En el rincón más oculto  
de mi pecho hay dos altares,  
en el uno está mi niña  
y en el otro está mi madre.

Evelio Bernal.



## CAUSAS CÉLEBRES

## Gracia Herrera.

JUZGADA POR HECHICERÍA EN EL SANTO TRIBUNAL DE LA INQUISICION

3

(Continuación.)

palma de la mano con letras coloradas y unas ruedas, y los que se entregaron á Onofre Juan Miró y los que se remitieron á los señores inquisidores.

P.—Si sabe que esta mujer de maestre Miguel, herrero, cura de algunas enfermedades y con qué las cura.

R.—Que una criada del testigo estaba enferma de comer tierra, y oí decir á la madre de aquélla ó á la criada, no me acuerdo bien, que había ido á esta mujer á saber si había algún remedio para su enfermedad, pero que no sabe si esta tagarina se le dió.

P.—Si tiene á esta mujer por bruja ó hechicera.

R.—Que no está en memoria de quién le dijo que la mujer de este maestre Miguel, herrero de Cofrentes, era hechicera, y que venía á hechizar á su yerno Tabarda, cuando la hallaron los libros, y que teniendo al dicho preso por sospecha de salteador de caminos, no teniéndole allí por seguro, le mandó llevar al castillo de Jalance, y mandó ponerle en una cárcel, la más fuerte que hay en el reino, con cadena y grillos, y á media noche hizo relación el alcaide de que se le había huido el preso, y teniéndolo por imposible que se fuese ido, recelando no le hubiese soñado el alcaide, fui otro día por la mañana y hallé que había quebrado dicho Tabarda un eslabón de la cadena y la argolla que tenía al pescuezo, y se había quitado de los pies los grillos y salióse por un agujero: que no estando satisfecho de que por allí pudiera haber salido su cuerpo y descolgándose con la pleita que quitó de un capazo, de una altura de catorce tapias, y no llegando á la pleita á la mitad de la altura, según oí se dejó caer allí abajo sin saberse que se hubiese hecho mal, de suerte que habiendo visto todo esto el que declara le dió sospecha de que el alcaide no lo hubiese sacado como tiene dicho, y mostró que estando en la segunda muralla según la sogá de esparto muy delgada, pareció que por la mañana, no estando aún fuera del castillo de Jalance, se tornó á descolgar por la segunda muralla, por lo más alto de ella, y según fué el que dice informado, desde el castillo se fué á casa del dicho maestre Miguel, su suegro, y de allí se ausentó, y según por donde saltó, y pareciéndome de imposibilidad el que saltara, no puede sospechar sino que sea con arte del diablo, y esto y no más tengo que declarar y lo firmo de mi nombre (1).

En 9 de Abril del propio año, D. Jorge Marcilla y Proxita, se ratificó de la declaración que tenía prestada, acerca de lo dicho en contra de Gracia Herrera.

Pedro de los Corrales, cantero, vecino de la villa de Cofrentes, testigo infamante de edad de cuarenta y cinco años, se presentó como testigo de cargo.

P.—Si sabe ó ha oído decir que alguna persona haya hecho ó dicho alguna cosa que se deba decir.

(1) Como se ve por la declaración del Gobernador, no alcanzando su inteligencia recursos de gimnasia, no podía explicarse la fuga sino por arte diabólico, afirmación que corre parejas con la de un escribano que daba fe en otra causa de haber visto volar á un tejado á una bruja que llevaba presa.

R.—Dijo que no recuerda.

P.—Si sabe ó ha oído decir que en poder de Gracia Herrera, mujer de maestre Miguel Esquena, herrero de Cofrentes y suegra de Tabarda, moriscos estantes en Cofrentes, se le hayan hallado unos libros escritos en arábigo.

R.—Lo que sé es de presente y me acuerdo que, hallándome en Cofrentes sobre ciertos negocios, subí al castillo en compañía del Gobernador Marcilla, Onofre Juan Miró, escribano, Antonio de Cuéllar, alguacil; que habían de confesar ciertos delinquentes que allí estaban presos, y saliendo del aposento donde habían confesado á dichos presos, nos encontramos con Gracia Herrera, la mujer de maestre Miguel, y su hija, mujer del Tabarda, los que traían una escudilla con huevos fritos, y encima un gran pan de panizo para que comiera el dicho Tabarda, que estaba preso por sospecha de salteador, y entonces el Gobernador mandó al alguacil que viese qué llevaban en el pan, y reconociendo á la hija de la Gracia, le hallaron un cuchillo grande á modo de alfanje y ellas se alteraron mucho, y en vista de ello el Gobernador mandó entrar en un aposento y reconocer á la dicha tagarina, y reconociéndola se le cayeron dos libros pequeños escritos en arábigo que llevaba en una faja, y preguntada que para qué los llevaba, respondió que para curar cierta enfermedad que tenía, y estos libros eran del tamaño de la palma de la mano con letras arábicas encarnadas y negras con señales y otras cosas que no eran letras, y los que se quedaron en poder de Juan Miró.

P.—Si sabe que esta mujer cure de alguna enfermedad y con qué las cura.

R.—Que ha oído decir que ha curado de muchas enfermedades á hombres y mujeres, así en Castilla como en este reino, y sé que como no paría la mujer de Antón Garrido, vino á Cofrentes, que viven en Serradiel que es Castilla, y que no sé con qué cura, por cuanto que en lo que alcanzo en mi juicio es que por no haber aprendido ella letra, lo que hace lo atribuyo más á hechicería que á otra cosa, lo cual digo por el juramento que tengo prestado.

Macián Berenguer, alcaide de la villa de Cofrentes y de sesenta y tres años declaró como testigo de cargo.

P.—Si ha oído decir que á la mujer de maestre Miguel, herrero de Cofrentes y suegra del Tabarda, se le habían hallado unos libros.

R.—Que lo que sabe es que, confesando el Gobernador á unos hombres que estaban presos en el castillo de Cofrentes, le mandó que pasase á los presos á otro aposento, y cuando vino á la portería oí que el Gobernador Marcilla á voces decía: «Señor bayle, mire qué traían para matarle!», y entrando en el escritorio ó aposento del castillo donde estaba el Gobernador, Onofre Juan Miró el escribano y Antonio de Cuéllar, el alguacil, y la mujer de maestre Miguel y su hija la mujer del Tabarda, vió que reconocían madre ó hija, hallándola un cuchillo grande de más de dos palmos y medio, el cual llevaba la hija. Después vi que Cuéllar desnudó, para reconocer, á la madre y le halló un librito con unas cosas escritas en arábigo, y de la otra parte de la faja le hallaron otro librito con cubiertas leonadas más nuevo que el otro, al parecer, y con letras también arábicas y señales á modo de ángulos y triángulos, libros que quedaron en poder de Miró.

P.—Si sabe que la dicha mujer Gracia Herrera cure algunas enfermedades y con qué.

R.—Ha oído decir que en Castilla cura, y también en Ayora, y que en Cofrentes también curó á la mujer de Alix, y á la

criada de Antonio Vinyola, y á Antón Garrido le he oído decir lo mismo.

P.—Si tiene por gnomá ó hechicera á esa mujer.

R.—No lo sé.

Lo cual declaró en virtud del juramento, y de lo que luego se ratificó.

Los libros que la fueron encontrados á esta mujer ya hemos visto que se remitieron al Santo Oficio, y el tribunal nombró á una persona para que los examinara y diese su dictamen, que lo hizo de la siguiente manera, que literalmente copiamos:

«En Balencia y en el santo oficio de la Inquisicion vino el padre Hieronimo de Mira de la compañía de Jesus y calificó un libro de á diezyséis de pliego de cubierta de cuero de color de pie de moro, escrita de letra arabiga el qual fué hallado En Cofrentes en casa de maestre Miguel Esguena y fué hallado á su muger y siendo Reconocido. Dixo que es *tahalt* de flores sacadas del alcoran de ma homa y ansi lo puso y firmo y ay tambien secretos de hechicaria, conjuros y figuras. Ytem abiendo visto otro libro de diezyséis de folio con cubiertas de cuero de color de Pie de moro scripto en arauigo que estaba encerrado en una Bolsica de lienço que fué allado en la misma casa de maestre Miguel Esguena y aviendolo reconocido. Dixo que es *tahalt* un pedaço sacado del Coran de ma Homa y ay tambien algunos secretos de hechicaria y ansi lo puso y firmó de su mano.

F. Hieronimo Antemi Joseph Bello.  
de Mira. not.º

En el interin ya Gracia Herrera había sido reducida á prisión, y en las del Santo Oficio en Valencia se encontraba esperando el resultado de las declaraciones de los testigos que presenciaron el hecho por que se la procesaba, y que tan en espanto había, en cierto modo, puesto á los ministros inquisitoriales y sus alguaciles.

Por fin, el día 10 de Diciembre de 1583 fué llamada á comparecer ante el tribunal, y no podemos menos de copiar íntegra su declaración, que al pie de la letra dice así:

«En la Santa Inquisicion de Valencia á diez días del mes de Diciembre de Mil quinientos y ochenta y tres años estando en su Audiencia de la mañana los Sres. Inquisidores doctor Pedro de Çarate, licenciado y Juan de llano y baldés por su mandado vino á ella de su carcel donde estaba presa Una muger de la qual fué rescibido juramento en forma so cargo del que prometió dezir verdad asi en esta Audiencia. Como en todas las demas que se efectuaran hasta la terminacion de su causa y que guardara secreto.

Preguntada dize que se llama Gracia Herrera natural aragonesa del lugar de Ribas en el rio de Borja e que es de hedad de cinquenta años.

Padres.

Dice que no conocio á su padre ni sabe como se llamaua y era natural del reyno de Balencia.

Candida que no la supo otro nombre que vivia en almenara de este reyno difunta.

Abuelos de padre y madre.

Dize que no á conocido abuelos ni de padre ni de madre ni sabe como se llamaban.

Tios de padre.

Dize que no tiene ninguno ni sabe si los á tenido ni á conocido ninguno.

(Continuará.)